

A la luz de nuestro mundo de marginados y de los cien mil niños que en Venezuela quedan anualmente en situación de real abandono, puede invitarse a los dirigentes —sobre todo, económicos— de nuestra sociedad a reflexionar en serio sobre la idea de que peor que los hechos delictivos en sí de los delincuentes comunes es la delincuencia de mantener una situación social que propicie la creación de delincuentes.

FEDECAMARAS

Y

Las páginas de la prensa nacional han recogido en los últimos meses repetidas manifestaciones de los máximos organismos económicos y sociales de nuestra sociedad con respecto al grave problema de la delincuencia. En tal sentido se han efectuado reuniones de Fedecámaras y de la Asociación Bancaria Nacional con miembros del Gabinete Ejecutivo y de los organismos policiales. Han planteado medidas que "solucionen" el problema del auge delictivo, entre las que destacan la necesidad de una organización y tecnificación de los cuerpos policiales y la toma de acciones preventivas y represivas contra el hampa. El fin es lograr "la seguridad que el país requiere".

Nadie duda de que están preocupados por la "seguridad". Sin embargo, por el hecho de que sean ellos los "beneficiarios privilegiados" de una sociedad dividida, cuyas valoraciones son opuestas a las de otros sectores, hay el peligro de que consideren **los intereses de su sector particular** como un valor universal. Así, no es raro que presenten como "intereses nacionales" lo que en realidad no trasciende los límites de los "intereses particulares". Afirmaciones como: "la economía del país atraviesa una pésima situación" en realidad significa que la relación ingresos-egresos del reducido sector económicamente privilegiado de Venezuela ha sido menos favorable. No faltan ejemplos que parecen confirmar esta situación. Baste recordar el reciente caso de la reducción de los precios de automóviles. Fedecámaras anunció "graves peligros para la economía nacional", como si nada contaran los beneficios económicos que tal medida representaba para el sector de los consumidores.

Esta actitud de generalizar el propio interés particular se puede notar en el reciente problema de conseguir "la seguridad para todos". Es de todos admitido que la razón principal del auge de la delincuencia está en la desorganización de la estructura de nuestra sociedad: marginación activa y pasiva, abandono de la juventud, desempleo... El verdadero "interés nacional" consiste en la aportación de todos para la corrección de la raíz del problema. Sin embargo, leyendo la primera página de "El Universal", del martes 30 de diciembre, se puede leer: "Descontento en Fedecámaras por aumento de cotizaciones al INCE." Estas actitudes hacen dudar de su sinceridad cuando hablan de la preocupación por la "seguridad de todos" y del reconocimiento de su cuota de responsabilidad en la constitución de nuestra sociedad desajustada.

Fundamentos de la delincuencia

Thomas Merton, en su estudio sobre la "anomia", distingue entre **Metas culturales**, es decir, deseos o aspiraciones que la cultura impone a los hombres; **Normas**, medios legítimos establecidos por dicha cultura para lograr aquellas metas, y **Medios institucionalizados**, distribución real de las facilidades y oportunidades para alcanzar, dentro de las normas, la satisfacción de las aspiraciones. El equilibrio de una sociedad depende de la armonía de estas tres cualidades.

La delincuencia es la desviación de los modos de comportamiento con respecto a las normas y valores de la sociedad (sin descartar verdaderas desviaciones psíquicas que pueden conducir a la criminalidad). Y esa desviación del comportamiento, en su inmensa mayoría, es el resultado de la imposibilidad de satisfacer las verdaderas aspiraciones de los hombres a una vida digna.

Esta insatisfacción aumenta y se enardece en la "sociedad de consumo" cuando crea necesidades ficticias con el abuso de la propaganda. Y sabemos que nuestros medios de comunicación social o están en manos de los "vendedores" o están obligados, para poder subsistir, a seguir la pauta de sus "sagrados intereses".

En nuestro caso, la verdadera raíz de la delincuencia hay que buscarla en la realidad de un ordenamiento social de inspiración individualista que se constituye en "economía liberal" y "ética burguesa", porque en su aplicación se altera de hecho el significado de los valores que proclama. La filosofía liberal que encierra la sociedad capitalista, en la práctica no resulta "liberal", sino "opresiva". Esta opresión surge de la alteración de la jerarquía de valores y la exaltación divinizada de un relativo absolutizado: el dinero.

Ante este absoluto se opera una tensión en la relación de poder que nace de la demanda que un hombre hace cuando siente la exigencia acuciante de sus necesidades. Y brotan, naturalmente, la opresión y la agresividad. Igor Caruso describe esta tensión de la siguiente manera: "El criminal niega la estructura de la sociedad, y ésta lo persigue mágicamente sobre el terreno de la negación recíproca. Refusa reconocerse en el espejo que le presenta el criminal como ser social. Así, pues, mientras lo expulsa

LA DELINCUENCIA

de sus filas, reprime el hecho de que un criminal sólo es posible en la sociedad y por la sociedad."

La verdadera seguridad consiste en la ubicación dentro de la sociedad, disfrutando igualdad de oportunidades para el desarrollo de la propia personalidad. Pero esta realización supone no la simple declaración de los derechos humanos, sino el disfrute verdadero de su ejercicio.

El fundamento moral de nuestra sociedad es el de un estado de ciudadanos libres; sin embargo, la realidad es la de una sociedad en que la mayoría de los hombres están sometidos a limitaciones provenientes de ingentes necesidades básicas no resueltas.

La ley defiende la propiedad como una institución normal para todos y fuente de su seguridad; sin embargo, la realidad no puede ser más falsa.

La ley establece la igualdad de todos ante ella; pero ¿quién piensa que hay igual repercusión en los representantes de la ley ante el "raptor criminal" de un niño de nuestros barrios y el realizado por motivos económicos en la familia de cualquiera de nuestros "potentados económicos"? ¿Quién piensa que existe igualdad de oportunidades en lo económico, en lo político o en lo cultural?

Y la libertad... la sacrosanta libertad que hasta su nombre ha dado a este "orden", es sólo privilegio de una minoría. No deja de ser irónico que aquello que en teoría es como el aire que debe respirar nuestra sociedad, resulte en realidad un lujo demasiado caro para una gran mayoría dependiente.

Tampoco se puede hablar de seguridad cuando se depende económicamente o cuando se está condicionado por procedimientos psicológicos y cuando el

trabajo diario, rutinario y agobiador, se organiza de tal manera que impide al hombre dedicar parte de su tiempo al desarrollo de sí mismo en la conquista de su propio ser.

Soluciones parciales

El problema de la delincuencia no puede solucionarse mientras no se afronten sus raíces en su totalidad. Y si la estructura de nuestra sociedad, como tal, es la principal responsable, se debe concluir que debemos realizar una acción sobre la sociedad en su totalidad.

Pretender limitar el problema a un solo aspecto sería perder la perspectiva de la realidad.

Nadie duda, por ejemplo, de la importancia de la educación. Pero esto solo no soluciona la base del problema. En primer lugar, porque hay una dominación hasta en la distribución de la "riqueza cultural"... Se dice que en nuestro sistema la educación es privilegio de ricos. En segundo lugar, porque la opresión que nuestra sociedad ejerce sobre gran parte de la población —raíz de la delincuencia— es total, y no parcial, y la persona es un todo no susceptible a ser fragmentada en partes.

Por esta razón están resultando vanos los esfuerzos de liberar al hombre, sea en sus relaciones culturales, familiares, políticas, laborales o religiosas. Cada intento parcial no deja de ser un gesto ineficaz e inútil.

Es verdad que a veces se intentan estos esfuerzos llevados con "buena fe", pero otras veces se descubre que están hábilmente orientados por esa sutil perspicacia de los que pretenden mantener, a toda costa, su situación de privilegio.

De ahí que los planteamientos y las actitudes de nuestro máximo organismo empresarial, como los de otras élites de nuestra sociedad, llevan a dudar de su imparcialidad. En una sociedad dividida entre opresores y oprimidos —y podemos afirmar que ésta es la forma como está concientizado nuestro pueblo— la "seguridad de todos" no se alcanza con proclamas dadas desde posiciones de privilegio. Siempre queda flotante la inquietante pregunta: ¿COMO CONCILIAR LA SEGURIDAD DE LOS OPRIMIDOS CON LA DE LOS OPRESORES?